

Solar



Comisarios: Alfredo Igualador y Emilio Gómez Barroso

Inauguración: 2 de febrero de 2017, 20.00 h.
Hasta el 18 de marzo.

Galería Magda Bellotti

Fúcar 22 (entrada por el portal)
28014, Madrid

Agradecimientos: Susana, Alfredo, Emilio, Magda, Sara,
Carlos, Rocío, María Jesús y Richi.

Fotografías: Gorka G. H. y J. C.

Solar

A Cecilio Cuenca, por las herramientas que dejó

A Martín Cano Simó por las que trae

El Diccionario apunta que solar “es la porción de terreno donde se ha edificado o que se destina a edificar”. Macabro. Es como si se dijera de la comida que es “la porción de alimento que se ha ingerido o que se destina a ingerir”. Ni el uso ni la necesidad aparecen como variables en el sujeto ni en el predicado: curiosa maniobra de desplazamiento.

Un solar es un lugar de cascotes y derribos, delimitado por una pared, al menos: si no sería un descampado. Sol y suelo aparecen vinculados en un juguetón naufragio etimológico: más pregnante que en la definición de la Academia. Constituyen el solar unos antiguos materiales de construcción (ya signos de destrucción) que no mantienen la forma que les otorgaron antes de su uso: formas sintéticas y simples que, una vez derruidas por ese “se” impersonal que postula la Academia, son incapaces de recuperar su anterior forma y quedan arrumbadas como soldados mutilados o trabajadores accidentados: proletarios inútiles para la faena. A veces son restituibles a la vida con un cambio radical de uso: cascotes útiles como proyectiles o materiales de construcción de algo que atenta contra esa arquitectura de lo real de la que son mutilaciones y de cuyo derrumbe dan testimonio.

Jorge Cano



I.

Un solar

Parece como si esto que nos sucede lo hubiera dejado todo hecho un solar. Un solar absolutamente lleno de todo tipo de cosas, no aquel que recuerdas de crío, yermo y baldío, esperando la sucesión de los acontecimientos. Porque, claro, no se iba a quedar allí, inerme, sin acontecer absolutamente nada.

Ahora el solar no es sino un lugar vacío de sentido, lleno de todo lo que nos sobra; pero a su vez nos parece absolutamente indispensable para la vida.

Cualquier macrociudad o megalópolis es un solar perfecto, rotundo en su vacía mismidad.

Esta parece ser la agotadora realidad que nos acompaña: allí donde todo el mundo camina con las manos metidas en sus propios bolsillos. Allí donde cada rostro parece anunciar que lo hubieras perdido ya todo. Allí donde todo, ya no es más que la representación de la nada misma.

Antes un acontecimiento devastador solía dejarlo todo hecho un solar: deshabilitado, sin aparente sentido; sólo el resumen de su destrucción que documentábamos recordando lo que antes existía. Ahora es lo devastador en sí mismo lo que lo ocupa. Y lo que nos ocupa.

Pero ¿qué es lo que hay antes de no haber nada?

Espacio vacío, lleno de una nada inmensa, azotado, tan solo habitado por los rayos del sol, ¿no?

Recuerdo que al lado del colegio, al lado de mi colegio, había uno inmenso...

En esa época, no hace tanto, había un solar al lado de cualquier calle o de cualquier plaza, incluso había solares lindando con solares.

Hubo una época donde la propiedad o la iniciativa privada, parecían estar aún en suspenso y donde, claro, el estado de las cosas no era todavía una cosa tan clara. Y, sobre todo, no lo ocupaba absolutamente todo, como ahora. Era, más bien, el lugar de la no ocupación.

Y la vida era en común. Y existían espacios que no tenían razón de ser, ni siquiera tenían por qué ser. Es decir, la vida misma.

¿Es este un buen pensamiento, bien traído, para algo así como la pintura?

No sé si la pintura es un lugar con o sin razón de ser, ni siquiera si es ya algo así como un lugar, ni a ella seguramente le importa o le preocupa.

Es como un cráter, una densidad vacía, una falla en la falla misma, una nada con la que no saber qué hacer: y hablo del espacio vacío, de lo que era un solar, no de la pintura...

Podría hablar exactamente igual de nuestro hiperpoblado espacio actual pero... no de la pintura.

Actualmente para ver uno, un solar, debes viajar, porque es todo un viaje hasta donde la construcción acaba y allí ya han roturado la naturaleza dejando un montón de escombros por doquier: simplemente para volver a construir o quizá, antes bien, volver a destruir.

En un lugar donde nada pudo nunca ser perpetuo, aunque entre etapa y fase transcurrieran miles de millones de años. Como siempre, y en todo lo que nos atañe, ocurre de pronto una gran idea: porque cuando hay una falla dentro de la falla misma siempre tenemos que llenarla más pronto que tarde de grandes ideas. Y si el yo anda sin muchas salidas ante su contingencia exterior y también interior, pues ya tenemos un buen solar y oico para la edificación. Pero... insisto: ¿qué hay antes de no haber nada?

En la pintura antes de no haber nada, estaba la propia pintura aún haciéndose. Pues lo pintado era una falla de la representación que nacía en la falla misma del ser. En su mismo hecho de estar dentro y fuera del ser mismo. Y no era tan sólo una idea acerca de sí, sino una idea acerca de la idea misma.

He visto crecer la pintura de Jorge Cano desde la nada, desde el fragmento, desde la línea y desde la mancha. Desde el inicio de la imagen y su representación. Desde la pintura como lugar para la metáfora de la propia pintura.

La he visto aniquilarse hasta su propio desaparecer,
presentándose solo como su propio acto, siempre
afirmativo.

Le he visto habitar la pintura como quien habita aquel
solar yermo y vacío. Aquel que esperaba del acontecer.
Lo he visto existir en su propia espera.

He visto el solar crecer con la superpoblación del dato
necesario y también del innecesario.



II. El solar

He visto el material pintura derruirse ante su propia inconsistencia para dar lugar a su consistencia.

Lo he visto hacerse añicos y jugar con ellos, en una extraña poética del fragmento.

Superar el espacio, desbordarlo y jugar con él.

He visto la creación y la destrucción del propio espacio pictórico.

Su *desolación* y escepticismo.

Aquí y ahora, después del naufragio que supone aventurarse a recorrer aquello de la pintura, el cemento, el yeso y el color en un tinte se hacen forma frente al solar arruinado y vacío.

Y también frente al superpoblado de ausencias.

Con las manos ya fuera de los bolsillos, los arroja contra la pared. Y nos queda aquella pregunta, la vieja pregunta de la pintura acerca de la pintura.

La idea preguntándole a la idea.

Como si fueran fragmentos de las vanguardias del pasado arrojados al futuro que es este extraño presente.

III.

El solar

¿Qué es lo que había antes de no haber nada?

Alfredo Igualador



Solar: La memoria del vacío

Las piedras están llenas de entrañas (Jean Arp)

Cuando las cosas son útiles sólo responden a necesidades humanas que se han fabricado por la costumbre o por el miedo al aislamiento. Esto siempre viene dirigido por una especie de dictadura de la masa y el agrupamiento y, porque no se sabe por qué al humus y al homo casi siempre les gusta estar en tortilla, donde se bate todo como si fuera lo mismo.

Si pensamos los edificios muestran al exterior la cara más uniforme de sus habitantes, sólo si quitamos estos muros las cosas personales, fotografías, muebles, voces, vacíos y derivas personales comienzan a aparecer como si fueran trozos de un mundo enigmático que hay que reconstruir montando el puzzle, pegando sus piezas y volviendo a extraer una especie de lienzo eterno.

Solar no es un descampado

En un tiempo, dentro de las ciudades, cuando los juegos no tenían estructura virtual, el tiempo corría en descampados ajenos al cálculo, y al juicio moral de quien jugaba a tu lado. El número 0 no era el origen de la ganancia, sino el punto de partida de otro día olvidando el anterior. El suelo era irregular y no se calculaba el bote de la pelota. Siempre

uno jugaba sin memoria, y si después queda algo de esto esa es la patria para aquellos niños, o sea el lado izquierdo del juego, el que no se controlaba.

El peinado de las máquinas deja un espacio geométrico surcado por el arado urbano, limitado muchas veces por vallas y colindante con un muro que marca el límite de otro espacio habitado por la propiedad.

Jorge Cano encuentra en ese mar calmo, de un orden especulativo, guijarros y trozos de vida olvidada que van conformando las piezas de una nueva vida menos útil, pero con un lado abierto a la ingenuidad perdida.

Las piedras son ramas de agua (Jean Arp)

Solar es un mar batido por las olas formadas por las máquinas que han decidido destruir lo que ya no es más que viejo, y es el escíballo de la máquina vecinal que ya no volvió a estar unida nunca más por caprichos del mercado y de la máquina del valor.

Pero en solar aparece, material informe, que tiene la belleza de que no ha sido contado para una felicidad efímera y temporal. Estas piezas poseen en sí una memoria que las va uniendo de manera loca, pero que tiene su propio hacer, esta forma es hacedora de otro discurso, otra vez insuficiente, que marca la imposibilidad de volver a construir una geografía cerrada. El mundo ya no puede ser él mismo. Los meridianos desaparecen y ellas mismas se vuelven a inventar su temporalidad.



La otra orilla (el fresco que se inventa a sí mismo)

Con un siglo de diferencia, las infidelidades dadaístas a lo formal, vuelven a aparecer en esta serie de Jorge Cano inventándose a sí mismas, dejando que los modos del fresco se creen ellos mismos otra vez una patria arrebatada y extraña sin marca de referencia vecinal y sin odios inventados. El otro lado del río marca la diferencia



entre la quinta y lo palaciego, pero a su vez declina lo urbano de una forma no imperial.

Esas pequeñas islas de cemento inventan ellas mismas su bandera y buscan otra vez una nueva geografía que aún no está descrita.

Emilio Gómez Barroso

